

Los enemigos de la Monarquía en el Mediterráneo: el caso de la defensa de Ibiza en el siglo XVII, 1598 - 1621

ANTONIO ESPINO LÓPEZ
Universidad Autónoma de Barcelona

Resumen

En el presente trabajo, que cronológicamente cubre el reinado de Felipe III (1598-1621), se ha tratado de analizar las circunstancias en las que se vio envuelta la defensa de la plaza de Ibiza, comentando en primer lugar las medidas adoptadas al respecto durante los reinados de Carlos I y Felipe II, así como la incidencia de los enemigos de la Monarquía Hispánica en dicho enclave: el corso norteafricano, rebeldes de los Países Bajos y franceses. Las conclusiones apuntan a que la gran dificultad para la Monarquía Hispánica de destacar en Ibiza tropas suficientes y bien abastecidas como la principal causa de peligro, además de las propias acciones del contrario.

Palabras clave: Ibiza, siglo XVII, defensa, Monarquía Hispánica, Mediterráneo.

Summary. Abstract: *The enemies of the Monarchy in the Mediterranean Sea: the case of the defence of Ibiza in the XVIIth century*

In this work, we chronologically cover the reign of Philip III (1598-1621), we intend to analyse the circumstances in which the defence of Ibiza got involved. We explain the measures adopted during the reign of Charles I and Philip II and the insistence of the Spanish Monarchy's enemies in Ibiza. Those enemies were the north-african corsaries, the rebels from the Netherlands and the French. We conducted that the main difficulty of the Spanish Monarchy was to have enough troops to send to Ibiza and to have them well supplied, apart from the enemies attacks.

Key words: Ibiza, XVIIth Century, Defence, Spanish Monarchy, Mediterranean Sea.

La Ibiza del Barroco fue un engranaje más, en cuanto enclave estratégico, de la maquinaria bélica de la Monarquía Hispánica. Un enclave -un presidio- del Mediterráneo en el transcurso del Seiscientos desde el que, a diferencia de lo ocurrido en los primeros decenios de la centuria anterior, ya no se proyectarían ataques hacia el norte de África; más bien se optaría por una obstinada estrategia defensiva. La Monarquía Hispánica, merced a Carlos I y Felipe II, terminó prefiriendo asegurar que las Pitiusas, Ibiza y Formentera, no acabasen constituyéndose en unas bases ocupadas por el enemigo desde las cuales se pudiesen entorpecer las comunicaciones del Mediterráneo hispano, además de atacar directamente las costas hispanas.

En 1616 reflexionaba el Consejo de Aragón que

“por ser la isla pequeña y estar muy cercana a Argel y tener importante puerto para España, que todo esto obligó al emperador Carlos Quinto y al rey Don Felipe, aguelo y padre de V. Magd., de gloriosa memoria, a poner presidio de soldados y hazer un

castillo para la defensa, con ánimo que desde allí el enemigo no pudiese hazer daño a las partes marítimas de España ni Italia”.¹

De hecho, en los siguientes años, el Consejo de Aragón, en 1625 por ejemplo, continuaba insistiendo en que Ibiza era “...fuerça tan importante para la conservación y defensa de toda España”.² Y dos años más tarde, el gobernador Castellví se refería a la importancia de Ibiza “...para la guardia y amparo de las costas de España”.³

Una década más tarde, el gobernador Bernardo Salelles aseguraba que la des poblada Formentera le causaba gran desazón por ser lugar habitual de refresco de las flotas del enemigo, pudiendo éstas inquietar constantemente Ibiza, que se encontraba tan

“... cerca de Argel y tan vecina a la costa del reino de Valencia y en el paso de la navegación de Italia y Francia para el mar océano es certísimo que es puesto que por muchas causas conviene guardarle y más haviéndole Su Magt. mandádole fortificar tan superiormente y gastado tanto dinero y tenelle tan proveido de artillería, armas y municiones”.⁴

Y con el inicio de la *Guerra dels Segadors* en 1640 el papel de Ibiza también cambió. Decía por entonces el Consejo de Aragón, tras estudiar un informe del gobernador L. Lloris (en 1646) que la plaza de Ibiza no sólo cumplía su ya tradicional función económica, vigilando las salinas, y estratégica, controlando el territorio e impidiendo la presencia de naves turco-berberiscas, asegurando así el pasaje entre Valencia y Mallorca, sino que por entonces era también “...la escala de Italia por faltar la de Cataluña, con las alteraciones de aquella provincia, con que se reconoce grande necesidad de asistir a esta Real Fuerza en cuanto haya menester par su mayor seguridad y defensa”.⁵ Y un mes más tarde el mismo L. Lloris reafirmaba dicha visión señalando que Ibiza era

“Isla... de las más importantes para correr los mares de España y darse las manos con todos sus puertos, y para los pasos de Italia y Berbería, y el peligro que se halla de que la coja el enemigo desapercibida...”.⁶

En 1648, el gobernador R. Chamar afirmará que era la Real Fuerza “frontera de Berbería, Tortosa y paso de Francia”.⁷

¹ Cuatro años antes, en 1612, dijeron algo parecido. A(rchivo) de la C(orona) de A(ragón), C(onsejo) de A(ragón), leg. 1.048, consultas del C.A., 11-VII-1612 y 16-XII-1616.

² ACA, CA, leg. 1.036, consulta del C.A., 6-III-1625.

³ ACA, CA, leg. 1.036, consulta del C.A., 29-V y 13-XI-1627.

⁴ ACA, CA, leg. 1.036, borrador de informe del gobernador Salelles, 1638.

⁵ ACA, CA, leg. 1.037, consulta del C.A., 16-V-1646; L. Lloris al rey, 30-IX-1646.

⁶ ACA, CA, leg. 1.037, consultas del C.A., 26-II y 15-V-1647.

Como se ha dicho, con el control de Ibiza por parte de la Monarquía Hispánica no sólo se aseguraba ésta la mejor defensa de sus rutas mediterráneas, sino que su conservación bajo la corona del rey Católico impediría al enemigo, el que fuese en cada momento, disponer de una base desde la que poder realizar un daño incalculable en todo el litoral mediterráneo bajo dominio hispánico. Que se pudiese conseguir en el transcurso del aciago siglo XVII puede parecer casi un milagro. Veremos lo ocurrido durante el reinado de Felipe III (1598-1621).

1. La defensa de Ibiza durante los reinados de Carlos I y Felipe II

Como Mallorca y Menorca, también las Pitiusas -Ibiza y Formentera- sufrieron, por su proximidad con el norte de África, los continuos ataques de turcos y berberiscos, añadiendo a los anteriores el saqueo de las amotinadas tropas de Hugo de Moncada (1518), cuando se retiraron a Ibiza tras una fallida expedición contra Argel. El atraso en el cobro de sus pagas hizo que los amotinados saqueasen la isla causando daños por un montante de 28.395 ducados, una cantidad asombrosa dada la pobreza de la isla. La Monarquía llegó a reconocer tal débito, si bien los ibicencos aún lo reclamaban un siglo más tarde.⁸ También las Germanías mallorquinas tuvieron su repercusión en Ibiza.⁹ Pero, sobre todo, habrá ataques, saqueos, desembarcos e incursiones turco-berberiscas, a veces con el concurso de Francia (que respondió de dicha forma a la alianza hispano-genovesa de 1528), especialmente durante el reinado de Carlos I. En realidad, tras la muerte de Isabel I de Castilla en 1504, cada vez estuvo más claro que los recursos hispanos tendrían que dividirse entre el norte de África, la lucha contra Francia y la defensa de la presencia hispánica en Italia. Y con todo, en los primeros tiempos, la captura de Mazalquivir (1505), del Peñón de Vélez de la Gomera (1508), de Orán (1509), de Mostaganem, Tlemcen, Tenes, del Peñón de Argel, Bujía y Trípoli (1510), además de la de Melilla (1497), señaló el camino de la expansión por el Magreb.

Fue con la llegada al trono de Carlos I en 1516 que éste desvió hacia otros escenarios los recursos económicos y humanos del Mediterráneo. Y las plazas de seguridad del norte de África comenzaron a caer.¹⁰ La nueva situación comenzó a

⁷ ACA, CA, leg. 1.037, consultas del C.A., 15-16-I-1649.

⁸ Vid. Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo II, (*Siglos XIV-XVI De la crisis Medieval a la Ibiza Renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, pp. 450 y ss.

⁹ Vid. Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo II (*Siglos XIV-XVI De la crisis medieval a la Ibiza renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, pp. 452-461. Miquel BERNAT, "Les Germanies", en Miquel DEYÀ BAUZÀ (dir.), vol. II, *L'Època Foral i la seva evolució (1230-1715)*, en Ernest BELENGUER CEBRIÀ (dir.), *Història de les Illes Balears*, Barcelona, 2004, pp. 285-313.

¹⁰ María José RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Madrid, 1992, pp. 376 y ss. Ernest BELENGUER CEBRIÀ, "Les Balears en la política exterior dels Reis Catòlics", en Miquel DEYÀ BAUZÀ (dir.), vol. II, *L'Època Foral i la seva evolució (1230-*

sentirse también en Ibiza. En 1529, Drub, lugarteniente de Barbarroja, infringió una severa derrota al capitán de las galeras de España, don Rodrigo Portuondo, en aguas de Formentera. Sin aperebirse que el enemigo le doblaba en número, y tras perder el orden de acercamiento al mismo por haber encallado momentáneamente dos de sus ocho galeras (que se enfrentaban a quince galeotas argelinas), el capitán Portuondo, con su capitana, se dirigió directamente al matadero y, con él, el resto de la flota cristiana, salvo una galera que puso rumbo, tras batirse, a Ibiza. Su capitán, Martín de Arego, demostró más prudencia y, por lo tanto, más pericia militar que Portuondo, y, entre otras medidas, toma la muy significativa de desmontar la artillería de su galera y proteger con ella a la desguarnecida plaza de Ibiza. Las semanas posteriores pudo rescatar, no sin esfuerzo, a numerosos efectivos de la flota cristiana que se habían escondido en Formentera tras el combate.¹¹ El propio Carlos V escribió poco después, en 1530, a su esposa desde Augsburgo señalándole la necesidad que Ibiza contase con una guarnición suficiente para su defensa.¹² Una medida absolutamente necesaria, pues a raíz del desastre de 1529 el acoso turco-argelino se incrementó con episodios de ataques en 1532 y 1533. Una dura realidad que se intensificó cuando, en los años posteriores, y a pesar del éxito en la toma de Túnez de 1535, o precisamente por ello, el concurso de los franceses con las fuerzas atacantes de los infieles fue más notorio. En agosto de 1536, doce galeras y un bergantín de una armada franco-turca realizaron un bombardeo de la villa de Ibiza y de las naves, tres, todas foráneas, que estaban entonces en el puerto, sin apenas oposición. En los dos meses siguientes la flota enemiga se dedicó a sistemáticos asaltos de la costa ibicenca, desde las Salinas a Santa Eulària. Y, sin duda, el desastre de Argel de 1541¹³ aún espoleó más al enemigo, pues en octubre de 1543 una fuerza de quinientos turcos desembarcó en el cuartón de Santa Eulària y, si bien fueron repelidos, estaba claro que desde Formentera, virtual base para sus correrías, podían hacer mucho daño. Tres días más tarde de dicho incidente, ocurrido el 12 de octubre, hasta mil turcos desembarcaron en la zona de las Salinas y avanzaron hacia la Villa, disparándoles con la artillería y la arcabucería de la plaza, haciéndoles doce cautivos y seis muertos. Y el 6 de noviembre de dicho año se repelió un nuevo desembarco en la zona de Santa Eulària enviando el gobernador una columna de doscientos efectivos, entre soldados y paisanos, que le hicieron entre veinticinco y treinta muertos al contrario por una sola baja. Ante tales ataques, los ibicencos decidieron

1715), en Ernest BELENGUER CEBRIÀ (dir.), *Història de les Illes Balears*, Barcelona, 2004, pp. 203-209.

¹¹ Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo II, (*Siglos XIV-XVI De la crisis Medieval a la Ibiza Renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, pp. 462-467.

¹² Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo II, (*Siglos XIV-XVI De la crisis Medieval a la Ibiza Renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, p. 476.

¹³ Cuarenta navíos y dieciséis galeras de la armada imperial tocaron en Formentera el 3 de octubre de 1541 de camino hacia Argel; lamentablemente, el 29 de noviembre era el propio emperador Carlos V quien llegó con quince galeras al puerto de Sant Antoni procedente de Bugia una vez fallido el asalto contra Argel. Véase, Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, p. 211.

derrocar la iglesia del Socorro y un cierto número de casas del arrabal de la Villa, así como la iglesia de Santa Lucía, situada en el cerro del mismo nombre, para evitar que le sirviesen al enemigo en sus incursiones contra la plaza. También en 1549 se dejaron ver en aguas de Formentera veintidós bajeles de turcos, que se llevaron dos personas, y en 1562 apresaron los ibicencos en dicha isla dos fragatas haciendo cincuenta y nueve presos entre turcos y argelinos. Entre 1532 y 1571, a partir de diversas fuentes y autores, B. Escandell tiene recopilados dieciocho asaltos con veintidós cautivos y dos familias, asimismo, prisioneras, veintinueve muertos y cinco rescatados.¹⁴ Un triste balance.

Consecuencia lógica de todo el peligroso despliegue militar del enemigo fue, sin duda, el deseo legítimo de los ibicencos de sentirse más y mejor protegidos por su monarca. Y alguna respuesta hubo. Se enviaron doscientos soldados de guarnición en 1551, con el comienzo de la última guerra del reinado de Carlos I -cuando el rey de Francia, Enrique II, propuso a sus aliados turcos un ataque conjunto contra Mallorca-, cifra que se incrementó hasta los doscientos setenta hombres desde 1590 y hasta 1630. En los años posteriores, como veremos, dicho número se fue reduciendo.¹⁵ Para su mejor armamento, en 1559 ordenó Felipe II el envío de artillería a Ibiza y en 1575 don Juan de Austria, de paso por la isla, dejó a su gobernador cien quintales de pólvora, mil quinientas balas y tres cajas de mosquetes. Asimismo, en 1588 el gobernador Hernando de Sanoguera repartió quinientos arcabuces entre los ibicencos previo pago de los mismos.¹⁶ En realidad, él mismo en un memorial enviado al Consejo de Aragón en 1594 aseguraba que desde su llegada a la isla como gobernador en 1576 había puesto en orden

“las cosas de la milicia, porque se sustentan en ella quinientos arcabuceros y cinco capitanes sin que cueste a V. M. más de noventa y seis escudos, porque se les paga el sueldo de un derecho que él impuso en la pez y alquitrán...”¹⁷

Pero no acabó ahí la reacción hispana. F. Braudel señaló en su momento la situación de caos que se vivió por entonces en el Mediterráneo Occidental motivado por el avance del poder turco y berberisco, especialmente a partir de 1555. Dicho año cayó Bujía, y si bien al año siguiente, 1556, la fortuna quiso que no ocurriese lo mismo con Orán, atacada por los turco-argelinos, se supo entonces por un espía

¹⁴ Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo II, (*Siglos XIV-XVI*) *De la crisis Medieval a la Ibiza Renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, pp. 478-489. Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, p. 123 y vol. III, Palma de Mallorca, 1967, pp. 213 y ss.

¹⁵ Irving Anthony A. THOMPSON, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias (1560-1620)*, Barcelona, 1981, pp. 364-368.

¹⁶ Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, pp. 207 y 214-215.

¹⁷ ACA, CA, leg. 1.033, consulta del C.A., 11-III-1594. Aseguraba don Hernando que había hecho incrementar el Real Patrimonio en la isla, y éste ya montaba 16.500 reales al año, pidiendo dos mil doscientos reales de renta anual para poder mantenerse.

argelino que sus planes, tras la caída de la plaza norteafricana, contemplaban la ocupación de Ibiza y Menorca, que a su vez serían utilizadas como bases para futuros ataques contra la costa española, especialmente Valencia.¹⁸ Felipe II, convencido antes, como su padre, que el gran enemigo era la flota otomana y a ésta se la controlaba desde Italia y no desde España, respondió finalmente levantando fortificaciones defensivas en las costas del Mediterráneo hispano y sacando adelante un amplio programa de reconstrucción naval.¹⁹ No obstante, en 1544 y desde Génova, Andrea Doria escribió al príncipe Felipe señalándole la necesidad de fortificar Rosas y Cadaqués, para contrarrestar el peligro franco-turco en la zona, pero también había que ocuparse de Ibiza, Mallorca, Menorca, Sicilia y Cerdeña.²⁰ Finalmente, ante las continuas peticiones de ayuda llegadas desde Ibiza a partir de 1552 al futuro Felipe II,²¹ en 1554 encargó éste al ingeniero italiano G. B. Calvi²² un proyecto para construir unas murallas abaluartadas en Ibiza, llamadas la Real Fuerza, que en 1575 modificó G. Palearo, Il Fratin,²³ añadiendo un nuevo baluarte, el tan impresionante de Santa Lucía, a los seis proyectados por su colega.²⁴ También se construiría un revellín. El ingeniero que quedó al cuidado de las obras, tomando decisiones sobre la marcha, fue Juan Alonso Rubián.²⁵ La Monarquía asumió el

¹⁸ María José RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Madrid, 1992, pp. 407 y ss.

¹⁹ María José RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Madrid, 1992, pp. 394 y ss.

²⁰ Alicia CÁMARA, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 64-65.

²¹ En 1552 se propuso por parte del contador real, Rodrigo de Lara, que efectuaba una visita a la isla, la construcción de un baluarte triangular que cubriese la parte de poniente de la fortificación, un través que guardase la cortina de dicha zona, una plataforma, un revellín debajo de la iglesia y dos caballeros, uno que cubriese la zona de tramontana y otro la bocana del puerto. Por su parte, el vicario general de Ibiza, Luis de Vigo, envió una propuesta de mejora en 1553 que permitía conocer mejor los puntos flacos de las defensas, y la "Traça de Iviza" del maestro Simó -quien defendía la construcción, básicamente, de tres bastiones-, motivo de una particular cruzada por parte del profesor Escandell frente a algún historiador no profesional asentado en la isla. Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*, Tomo II, (*Siglos XIV-XVI De la crisis Medieval a la Ibiza Renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, pp. 507 y ss. Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, pp. 256-260.

²² Sobre G.B. Calvi, vid. Alicia CÁMARA, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 16-17, 33, 43-46, 64-71, 79-84, 113-114, 120-124, 132-143, 186-194.

²³ Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera...*, tomo II, pp. 563 y ss. Véase A. CÁMARA, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 46-47.

²⁴ Sobre la reforma de Fratin, vid. Eduardo J. POSADAS, *Las murallas de Ibiza*, Ibiza, 1989, pp. 142 y ss.

²⁵ Juan Alonso Rubián se ocupó muchos años de la construcción de la fortificación ibicenca. En 1596 solicitó la plaza de ingeniero de las fortificaciones de Mallorca, que vacaba, para poder mantenerse mejor, pues alegaba que en el transcurso de sus sesenta años de servicio a Carlos I y Felipe II había gastado su patrimonio y el de su esposa. Ya en 1588-1589 pretendió ir a la corte a explicar cómo se desarrollaban los trabajos de la fortificación en Ibiza, demandando una ayuda de costa para ello. Rubián había luchado como soldado en las Indias, en Nápoles y en el norte de África, y actuó como ingeniero

coste de las obras -reservó para las mismas trece mil libras valencianas (130.000 reales), inicialmente-, enviándose en primera instancia veintidós mil reales en 1554,²⁶ si bien la universidad de Ibiza realizó tallas en 1556 (tres mil libras mallorquinas o veintiún mil reales), 1575 (el ofrecimiento de cuatro mil jornales de peón y otros tantos jornales de un par de mulas de trabajo gratis para las obras) y 1577 (mil libras mallorquinas o siete mil reales) para sufragar una parte de los gastos y trabajos, acción nada desdeñable atendiendo a la pobreza de la isla.²⁷ Hacia 1582 pasaban de 550.000 los reales gastados en las fortificaciones.²⁸ A fines de siglo, el grueso de las obras estaba prácticamente concluido,²⁹ una gran diferencia con respecto a la situación defensiva de Mallorca y Menorca, si bien faltaban algunos detalles por terminar: había que rematar los baluartes con parapetos y casamatas, como pidió el nuevo gobernador Alonso de Sanoguera a Felipe II en 1595 y 1596, acabar el cuerpo de guardia y reformar el baluarte del Portal Nou (o baluarte de San Pedro), que podía ser batido por el enemigo al haber quedado demasiado bajo, de manera que se imponía construir una plataforma con su casamata y un caballero que, con su altura, dominase defensivamente el propio baluarte. Tras la salida de Ibiza de Juan Alonso Rubián se hizo cargo de las obras Antonio Saura, quien en 1622 (aunque podría ser un descendiente del mismo nombre) aún estaba al frente de las mismas.³⁰

Además de las defensas de la Villa, Ibiza contaba aquellos años con torres-atalayas en diversos puntos de la isla: la torre del Cargador (comenzada hacia 1582) y la de las Portas en las Salinas; la del cabo del Juheu o cerro del Savinar, frente a Es Vedrà, la torre de Rovira y la de la iglesia de Sant Antoni (de 1688, pero con artillería desde 1505) en el cuartón de Portmany; la del *port* de Sant Miquel en el de Balanzat; así como la de Portinatx, la de Campanitx y la de la iglesia de Santa Eulària.³¹ Ya en su momento, el ingeniero G.B. Calvi señaló la necesidad de construir torres defensivas en las costas de Mallorca, Menorca y en la propia Ibiza, donde no sólo serían útiles para la propia isla, sino también para “toda la navegación de Es-

en la Guerra de las Alpujarras y en las Canarias. Murió en Mallorca en 1597. Vid., A. CÁMARA, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 90, 120-122, 132-133.

²⁶ ACA, Maestre Racional, nº 2.454, “Compte rebut... dels dos milia ducats... per a inviar aquells a la Vila de Yviça per a la fortificació que en aquella se fa per manament de Sa Magt.”.

²⁷ Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo II, pp. 543 y ss. Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, pp. 208 y 258.

²⁸ Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, pp. 207.

²⁹ Véase el excelente trabajo de M. A. CASASNOVAS, “Las Islas Adyacentes al Reino de Mallorca en la época de Felipe II”, en VV.AA., *Felipe II y el Mediterráneo*, vol. IV. *La Monarquía y los reinos*, Madrid, 1999, pp. 293-298. Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón. Tomo II*, pp. 570-575.

³⁰ Bartolomé ESCANDELL BONET, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón, Tomo II*, pp. 574-575.

³¹ Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. I, Palma de Mallorca, 1966, pp. 208-209.

paña et Italia”.³² Por otro lado, un noble castellano, Ruy Gómez de Silva, le insistió en varias ocasiones a Calvi, cuando éste trazaba los planes defensivos de las Baleares, que él financiaría una fortaleza en la isla de Formentera y haría en ella un pueblo de trescientos vecinos a cambio de que Felipe II le hiciese la merced de dicha isla.³³ El propio Calvi en su visita a Ibiza en 1555 intentó pasar sin éxito a Formentera, dado que por entonces patrullaban aquellas aguas hasta doce galeras norteafricanas.³⁴

Las murallas abaluartadas de Ibiza, junto con su complemento indispensable, es decir, una dotación artillera suficiente y de calidad, debían cumplir una doble función básica: impedir el bombardeo marítimo de la plaza, evitando el acercamiento de las naves enemigas al puerto, mientras que defendían la Villa de un posible desembarco. Si la primera parte de su cometido estuvo asegurada, como veremos, en el transcurso del siglo XVII, la segunda dependerá mucho más de la presencia de una guarnición suficiente. Una tarea casi imposible.

Cuadro n° 1. La guarnición de Ibiza a lo largo del siglo XVII

Año	Infantería	Caballería	Artilleros	N° Cañones	Milicia
1595				54	
1623					1.200 hombres
1632	102	19	21		1.349 hombres
1636	100	30			1.600 hombres
1637	107	28	29	54	
1638	80				1.400 hombres
1641	160	48	29		
1646	130	45			1.666 hombres
1648	100	30		53	
1652	200				

Fuente: ACA, CA, legs. 1.030-1.048. Elaboración propia.

*Cañones en servicio en toda la isla; las cifras previas se refieren a la artillería de la Real Fuerza.

Aquellos que, por otro lado, podían ayudar al monarca a defender su Real Fuerza eran, obviamente, los propios ibicencos, de ahí la importancia de conservar su número evitando las emigraciones en momentos de penuria frumentaria, sobre

³² Cita en Alicia CÁMARA, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 64-65.

³³ Alicia CÁMARA, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, p. 80.

³⁴ Eduardo J. POSADAS, *Las murallas de Ibiza*, Ibiza, 1989, pp. 121-122.

todo, pues de su cantidad dependía en último extremo que la fuerza de la milicia de la tierra fuese más o menos crecida.

Numerosos gobernadores de Ibiza del Seiscientos se quejarán de la enorme dificultad no ya para defender, sino para contar con las tropas necesarias para mantener los necesarios turnos de guardia en las murallas de la fortificación. Por otro lado, si la cantidad de piezas artilleras³⁵ existentes en la Real Fuerza la dotaban de una capacidad defensiva notable, otro asunto era el mantenimiento de las mismas, pues de él dependía su efectividad final. Y aún otra dificultad será la cantidad y calidad de los artilleros en servicio en Ibiza.

Asimismo, otro de los problemas de los gobernadores de Ibiza sería evitar que los enemigos de la Monarquía Hispánica supiesen de las dificultades a todos los niveles -del número de soldados, artilleros, de armamento, económicas, de mantenimiento de las tropas, pero también de la supervivencia de la población civil debido a las crisis frumentarias y a la caída de la producción de la sal- con las que se tenían que enfrentar, pues creían que tales dificultades sólo espolearían el interés de aquéllos por apoderarse de la isla. Quizá no tuvieron en cuenta una consideración: que como, precisamente, las dificultades de hallar suministros en Ibiza eran muy conocidas y, por lo tanto, mantenerse allí muy difícil, los enemigos de la Monarquía Hispánica acabaron por trocar el objetivo, si bien las salinas ibicencas atraían muchísimo, y, como de todos es sabido, los británicos acabaron por apoderarse de Menorca (1708), es decir, del magnífico puerto de Mahón, una base estupenda que jalonaría con el tiempo su ruta mediterránea hacia Egipto.

2. El peligro turco-berberisco antes y después de la expulsión de los moriscos (1604-1611)

Los años iniciales del reinado de Felipe III³⁶ fueron pródigos, como ya lo había sido, de hecho, el siglo XVI en su totalidad, en acciones de los corsarios norteafricanos con el concurso, como de todos es sabido, del poder turco. Felipe III se apuntó un buen tanto al inducir al Sha de Persia a atacar al imperio turco en su frontera oriental en 1602. Por otro lado, la larga guerra austro-turca de 1593-1606 parecería indicar que el poder de la Sublime Puerta, embarcado en dos frentes, podría declinar. Ciertamente, mientras el Turco estaba ocupado, se produjo la expulsión de los

³⁵ Sobre las dificultades de la Monarquía Hispánica para dotarse de la artillería necesaria en estos años, véase, Carlo M. CIPOLLA, *Cañones y Velas*, en *Las máquinas del tiempo y de la guerra. Estudios sobre la génesis del capitalismo*, Barcelona, 1999, pp. 103 y ss.

³⁶ Sobre la política internacional de Felipe III: Antonio FEROS, "Felipe III", *Historia de España*, vol. VI, *La crisis del siglo XVII*, Barcelona, 1988 y *El Duque de Lerma: realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, 2002. Paul C. ALLEN, *Felipe III y la Pax Hispánica, 1598-1621*, Madrid, 2001. Bernardo J. GARCÍA, *La Pax Hispanica: política exterior del duque de Lerma*, Lovaina, 1996.

moriscos de los reinos hispánicos entre 1609-1611, y en el norte de África Felipe III se aseguraba la posesión de Larache (1610) y La Mámora (1614). Pero qué sucedía realmente en una posición defensiva tan importante como era Ibiza. ¿Qué ocurría en el día a día? Las cosas se veían, y se sentían, de forma muy distinta a como se analizaban desde la corte.³⁷

En mayo de 1604 avisaba el gobernador de Ibiza, Alonso de Sanoguera, de la presencia de dos fragatas de corsarios berberiscos en la isla Conejera y otras cinco naves -una de ellas una galeota poderosa- delante del puerto de Sant Antoni yendo en dirección a la isla de Tagomago, pues se refugiaban a menudo en la cala llamada de la Olla. Hacía días que el virrey de Mallorca le había informado sobre las noticias tenidas del apresto en Argel de dos galeras y hasta siete galeotas fuertes, de modo que estaban sobre aviso y dispuestos a repeler un ataque por tierra si fuera necesario. Asimismo, Sanoguera relató cómo una barca mallorquina con veintinueve personas a bordo había sido tomada por tres fragatas argelinas que acechaban desde la isla Conejera, salvándose tan sólo el patrón y un marinero que se echaron al mar, siendo apresada una persona que iba como sargento mayor a Mallorca. Pocos días después de estas noticias, que se vieron en el Conejo de Aragón dos meses más tarde, aparecieron nuevas fragatas y galeotas argelinas en la isla Conejera y en Formentera, dándose la voz de alarma una vez más.

En 1605 el cerco se mantuvo. El último de marzo apareció en la isla Conejera una fragata argelina que permaneció allí hasta abril, cuando llegó un bergantín armado de Denia, que iba a Mallorca, de doce bancos y al mando de don Gaspar Morla, caballero mallorquín, y vista la ocasión, concertó el gobernador con Morla armar dos barcas ibicencas de seis y cinco bancos y una tercera de Denia de otros cinco, cargándolas de mosqueteros y arcabuceros de la guarnición de Ibiza y de la milicia de la tierra, enviando, asimismo, otros ciento cincuenta arcabuceros frente a la costa de la isla Conejera para recoger y defender la armada que se había organizado en caso de aparecer más barcos argelinos. El 20 de abril salieron de puerto y de noche llegaron a la isla Conejera, echando dos hombres a tierra para reconocer la situación, trayendo la noticia de hallarse en aquellas aguas dos fragatas, una de doce bancos -en realidad tenía quince- y la otra de trece; se decidió atacar la fragata más fuerte con el bergantín y dos barcas armadas, mientras la tercera barca hacía lo propio con la segunda fragata argelina que, creyendo ser atacada por fuerzas superiores, como lo que le ocurría a la primera, optó por la huida, que era lo que se esperaba. La fragata mayor, que resultó ser la del arráez de aquella expedición, que cayó preso, se tomó y se envió al puerto de Ibiza, teniendo el enemigo seis muertos y siete presos, de treinta y cinco hombres que llevaban, veintidós de los cuales huyeron aprovechando la noche a la isla Conejera, donde en los días siguientes se les

³⁷ Véase al respecto, Irving Anthony A. THOMPSON, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias (1560-1620)*, Barcelona, 1981; Juan E. GELABERT, *La bolsa del rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*, Barcelona, 1997.

buscó sin hallarlos, o bien por estar escondidos en las numerosas cuevas, o bien por haberlos rescatado la segunda fragata. Del lado hispano hubo siete heridos, uno de gravedad. El arráez preso les informó que Morato, un conocido arráez que operaba en aquellas aguas hacía tiempo, había ido a Bizerta con su galera a buscar al nuevo bajá turco de Argel; por otro lado, aseguró que aquella campaña sólo iban a operar seis bajeles gruesos, uno de ellos comandado por el renegado mallorquín Pascual Alemany.

En cambio, durante 1607 la novedad más importante fue el paso por las Baleares de la vuelta de Italia de trece navíos de guerra holandeses de los que habían atacado –y quemado– una escuadra hispana en Gibraltar, llevando con ellos dos naves que se disponían a cargar sal en Ibiza por mediación de algunos ibicencos. El virrey de Mallorca, don Juan de Villaragut, detuvo a uno de aquellos dos barcos y todo el asunto se descubrió.

En junio de 1608 el gobernador Alonso de Sanoguera informaba de la llegada a Ibiza de cinco cautivos cristianos españoles que huyeron de Argel, descolgándose por la muralla, en una barquilla robada a un navío inglés que se hallaba en dicho puerto. Allí se encontraban, según sus revelaciones, veintidós bajeles entre franceses, ingleses, flamencos y algunos tomados por los corsarios argelinos, los cuales iban a salir a la mar en número de tres naves de combate y hasta siete bajeles de apoyo, con muchos soldados, artillería y municiones. La información más importante que trajeron era que se encontraba en Argel el corsario holandés Simón Dança, quien comandaba un navío de mil toneladas armado con treinta y seis piezas de cuchara y en el que embarcarían muchos turcos y jenízaros. También se esperaba la salida de cuatro corsarios más, dos al mando de un inglés llamado Stuart y otros dos al mando de turcos llegados de Túnez y Bizerta. La intención de todos ellos era hacer esclavos. Por entonces sólo quedaban en el puerto de Argel dos galeotas gruesas y una fragata de diecisiete bancos que acababa de llegar tras tomar una saetía francesa frente a los Alfaques de Tortosa. Otra información de interés era la abundancia de trigo en Argel gracias a las buenas cosechas y a las presas realizadas por los corsarios. El rey agradeció aquellos avisos a su gobernador y pidió que los generales de las galeras estuviesen enterados de dichas novedades cuanto antes.

Y a fines de aquel mismo año se habló mucho de la unión entre corsarios ingleses y turco-berberiscos. El 14 de diciembre navegaba procedente de Mallorca y rumbo a Alicante una nave ragusea, la *Velina*, que llevaba como pasajero al hijo del marqués de Villena, virrey de Sicilia. A unas ocho millas de Ibiza varias naves corsarias la abordaron y la tomaron tras pelear con ella por espacio de tres horas, si bien la persecución se prolongaba desde hacía tres días. Poco después se supo que el corsario inglés Simon Dança había sido el autor del asalto, imponiéndose con su nave de quinientas toneladas y cincuenta cañones (rectificándose la información al respecto dada anteriormente), además de llevar seiscientos hombres armados, casi todos turcos, así como dos pataches, cada uno con ciento cincuenta hombres arma-

dos, y catorce y once piezas, respectivamente. En la nave ragusea murieron cuarenta hombres, si bien el corsario tuvo un centenar de bajas. El día 17 salieron de Ibiza dos naves de Ragusa y una ibicenca para diversos destinos cuando también fueron atacadas por el corsario inglés; en concreto, la nave ibicenca puso rumbo a la isla, en cambio, una de las naves raguseas se defendió con éxito del ataque del corsario inglés al que no sólo rechazó, sino que hizo tanto daño que, tras regresar a puerto, esperó con expectación el posible retorno de la segunda nave de Ragusa, si se había percatado de la pelea, para dar caza ambas al corsario.

Entretanto, el corsario inglés envió al gobernador Sanoguera una misiva por mediación de don Diego Zapata, prisionero suyo -quien, por cierto, aseguraba que la nacionalidad del corsario era holandesa y no inglesa-, donde exponía estar dispuesto a entregar la nave corsaria al gobernador a cambio de un pasaporte para que su esposa se reuniese con él (debería ir a Ibiza) y diez mil reales de plata. El corsario pedía que el virrey de Sicilia fuese informado de todo. Pero es seguro que el corsario tanteaba varias posibilidades, pues el gobernador de Ibiza informaba que el día 28 de noviembre el corsario Dança escribió a los jurados de Mallorca proponiéndoles que si cada año le entregaban a su esposa, que se hallaba en Marsella, doce mil reales de plata, todos los bienes y personas de los mallorquines no sufrirían peligro alguno, justo lo contrario de lo que pasaría sino se aceptaba su propuesta; una extorsión en toda la regla, sustentada en el poder y fuerza que decía disponer dicho personaje. En cualquier caso, enterado Sanoguera que se aprestaba por entonces en Valencia dinero para redimir cautivos en Argel, le advirtió a su virrey del peligro de las aguas mediterráneas en aquellos días.

En enero de 1609 reclamaba el virrey de Valencia, marqués de Caracena, a Felipe III el envío de varias unidades de la Armada del Mar Océano al Mediterráneo para patrullar de Cartagena a los Alfaques, y desde la costa levantina a las Baleares, con objeto de expulsar o quemar al pirata inglés que tanto daño estaba haciendo en la zona, pues pasaban de trescientos los pasajeros tomados en el navío raguseo, enviando ya un emisario a Argel a tratar la liberación del hijo del marqués de Villena. Incluso en 1608 se averiguó que en Ibiza había hasta dieciocho naves de particulares, por si fueran menester reclamarlas para el Real Servicio. Todo indicaba la necesidad de mejorar la capacidad defensiva de la zona y el primer paso, lógicamente, era saber con qué medios se podía contar.

Y en julio de aquel año volvieron las noticias de peligro. El 17 de dicho mes entró una galeota a Formentera de veintidós bancos, quedándose todo el día, hasta que cerca de la anochecida llegaron dos naves francesas que fueron acometidas por la galeota, pero salvándose al estar muy cerca del puerto de Ibiza. Pero al día siguiente, a la altura de Santa Eulària, tres galeotas argelinas se apoderaron de una de las naves francesas, escapando la otra. También dos esclavos turcos aprovecharon la presencia de las galeotas para huir a nado, situación que siempre causaba temor pues conocían muy bien el territorio del cuartón de las Salinas.

El nuevo gobernador de Ibiza desde 1608, don Baltasar de Borja, informaba en julio de 1610 de la llegada a fines del mes anterior a aquel puerto de cuatro esclavos cristianos, tres de Niza y un lombardo, huidos de Argel. Relataron cómo habían entrado en el puerto de Argel tres buques corsarios maltratados, con cincuenta muertos, tras un choque con una nave gruesa ragusea o genovesa entre Ibiza y Mallorca. Según sus cálculos todo el poder de Argel era por entonces de once naves corsarias y una fragata. Asimismo explicaron que el mal tiempo había enviado hacia Bujía una nave ibicenca que llevaba suministros de Niza a su isla, siendo apresada. También daban noticias de cómo muchos de los moriscos expulsados de España se iban muriendo aquel invierno por las inclemencias del tiempo, al estar en la intemperie, pues la comida iba barata en Argel aquel año al estar bien abastecida; por otro lado, en la Ciudad habían construido veintisiete cajas nuevas para montar la artillería.

Y en septiembre de aquel mismo año hizo el gobernador De Borja una nueva relación de las novedades que se habían conocido: desde Argel habían salido treinta naves, veinte de ellas tartanas, y diez navíos bien artillados y con gente de guerra, muchos de ellos moriscos expulsos, que se habían repartido por las costas de España y Francia, por lo que había que temer mucho. De hecho, una tartana tocó en una cala ibicenca llamada la Pedrera y otra nave desembarcó en el puerto de Sant Miquel de Balanzat apresando a dos muchachos que dormían cerca del mar, pero ante sus gritos acudió más gente de la zona que tomaron preso a un musulmán e hirieron a varios más. Hacía pocos días que por la parte de Levante llegaron dos navíos franceses con trigo que hubieron de arrimarse a tierra para salvar sus tripulaciones ante el acoso de una galera corsaria, que quemó una de las naves y se llevaba la otra cuando fueron atacados desde tierra por la arcabucería y caballería que el gobernador pudo enviar a la zona con urgencia. El peligro pasó desde entonces, sobre todo, tras transitar por la isla tres galeras y tres tartanas saboyanas al mando de Martín Doria que iba de corso hacia la zona de Berbería.

A mediados de mayo de 1611, como en otras ocasiones, la huida de varios esclavos cristianos, en esta ocasión cuatro franceses, dos genoveses, un griego y un muchacho murciano, permitió al gobernador de Ibiza enviar a la corte muy buena información sobre los asuntos del corso argelino. En concreto le habían comunicado que aquel año había ocho navíos dispuestos a salir en corso, construyéndose una galeota de dieciocho bancos a toda prisa para estar en activo lo antes posible; pero, quizá, lo más interesante era la doble información de que, por un lado, había una fuerte disensión entre turcos y argelinos, y, por otro lado, que estaban convencidos del ataque de la armada hispana, por lo que se tomaban disposiciones defensivas en las calles de Argel cercanas a la muralla.

Todavía a fines de 1611 se produjo un episodio oportuno. Informaba el gobernador don Baltasar de Borja que había pasado a mediados de diciembre por delante de la Real Fuerza y con derrota hacia Formentera una pollacra argelina; rápidamente-

te envió dos barcas armadas con treinta hombres a la isla vecina y, de manera brillante, se pudo atrapar hasta veintiocho de los cuarenta tripulantes, buscándose los demás, y habiendo logrado apoderarse de cuatro piezas artilleras, dos de bronce y dos de hierro. Un golpe muy favorable.³⁸

3. Nuevos ataques de viejos enemigos: el resurgir de los corsarios argelinos y el peligro holandés, 1617-1621

Los años de gobierno interino del capitán Juan Ponce (1614-1619) y la reincorporación al mismo de don Baltasar de Borja a partir de 1619 estuvieron marcados por el resurgir del enemigo turco-berberisco y holandés. En enero de 1617 llegaron avisos de que los holandeses organizaban una gran armada corsaria para atacar los puertos del Mediterráneo con el concurso de los piratas berberiscos, si bien el gobernador de Ibiza no creía que los holandeses pudieran disponer en un momento dado de hasta cien naves en el estrecho de Gibraltar, pues tales eran las noticias. Pero los avisos sobre la armada turca (setenta u ochenta galeras y dos galeazas se hallaban en Navarino aquel verano) llegados de Palma, Sicilia y Cerdeña a fines de julio sí parecieron más fiables y sirvieron al gobernador de Ibiza para reclamar los trescientos arcabuces que estaban en Cartagena consignados para aquella isla, junto con la pólvora y el salitre oportunos. Las noticias eran que los turcos navegaban hacia Berbería para ir a atacar los puertos italianos y españoles.³⁹

Y en 1620, el gobernador De Borja comentaba el recelo que le daban hasta siete galeras musulmanas que llevaban bastantes días dando vueltas a la isla como buscando una ocasión de desembarcar, al tiempo que en el horizonte, unos días más y otros menos, se veían algunas naves de alto bordo que aún le preocupaban más. Constantemente movía la gente con la que contaba hacia las zonas donde se avistaban las galeras, al tiempo que había pedido pólvora al virrey de Mallorca y también al de Valencia (cincuenta quintales de pólvora y otros tantos de cuerda, así como una cierta cantidad de plomo). De Borja solicitó mil hombres de ayuda a Mallorca en caso necesario, así como trescientos al virrey de Valencia para que, unidos a los cien que tenía de guarnición, llegasen a los cuatrocientos, una cantidad apropiada,

³⁸ ACA, CA, leg. 1.040, consultas del C.A., 9-VII y 2-XI-1604; gobernador de Ibiza al rey, 23-IV y 6-VI-1605; gobernador Sanoguera al rey, 20-VI-1608; gobernador Sanoguera al rey, 15 y 30-XII-1608; don Diego Zapata al gobernador de Ibiza, 16-XII-1608; virrey de Valencia al rey, 5-I-1609; gobernador de Ibiza al rey, 22-VII-1609; gobernador de Ibiza, Baltasar de Borja, al rey, 8-VII y 14-IX-1610; gobernador de Ibiza al rey, 17-V-1611. ACA, CA, leg. 1.034, gobernador de Ibiza al rey, 31-VII-1607; consultas del C.A., 1-II y 20-III-1608; consulta del C.A., 25-I-1612.

³⁹ ACA, CA, leg. 1.040, gobernador de Ibiza al rey, 21-I y 17-VIII-1617. Los holandeses firmaron tratados con el sultán de Marruecos (1608), con los turcos (1611) y con los argelinos (1612). Un buen resumen de la política internacional de la época moderna en Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna*, Madrid, 2000.

junto con los naturales, para defender una fortaleza muy grande pero con pocos soldados.

De Borja argumentaba que la proximidad de Ibiza a Argel obligaba a:

“acabarla de poner en perfección y ser la llave maestre de los demás reinos de España y tener mala vecindad con la isla de la Formentera, a donde se abrigan los moros con sus navíos de ordinario como tierra natural dellos, así para adobar sus bageles quando llegan disbaratados..., como también para espalmar, hacer leña y agua toda la que quieren en todos tiempos sin que nadie se lo estorbe como no fuese [que] V. M. se sirviera, lo que importaría mucho mandar hazer un fuerte pequeño capaz para treinta hombres, y éstos que se mudasen cada mes de aquí, a modo de bonete de clérigo, con cuatro medias culebrinas, fundándole en un puesto llamado la Guardiola muy fuerte de su naturaleza, que viene a estar a caballero⁴⁰ sobre el agua, que se levantaría con mucha brevedad con la chusma de algunas galeras que viniesen este año a invemar...”

Continuaba el gobernador explicando que si no fuese por aquella comodidad que tenían en Formentera no aparecerían por allá tan a menudo, pues en cuanto salían de Argel la primera etapa para refrescarse era la menor de las Pitiusas y de allí partían hacia la costa de Valencia. Además,

“Por ocasión de la expulsión [h]ay mucha morisma pláticos de estas costas y por dicha causa y no saber qué hacer en Berbería se aplican en andar en corso, así por la codicia de las muchas presas con que se van enriqueciendo, como por ser españoles que se aficionan a este ejercicio más presto que a otro de más trabajo que promete mayores daños con el discurso del tiempo”.

Otro asunto que causaba recelo era la inminente ruptura de hostilidades con las Provincias Unidas (en 1621), cuando el príncipe de Orange había declarado que se apoderaría de un puerto hispano, y el que él gobernaba era muy conocido de los mercaderes del Norte, que iban a cargar sal; sólo en aquel momento había una docena de naves gruesas y bien artilladas de aquella procedencia en el puerto de Ibiza, y su mayor conocimiento, como queda dicho, de aquellas aguas que de las costas de España le daba mucho reparo. Por todo ello también pedía el nombramiento de un sargento mayor para la plaza que le ayudase en las tareas militares y, así, poco a poco, irían enseñando el manejo de las armas a los naturales y se podrían enfrentar mejor a los momentos de peligro.

Por su parte, el virrey de Valencia señalaba poco después que los hombres demandados desde Ibiza no eran de socorro, sino de prevención, cuando hacía pocos días habían saltado hasta mil moros cerca de Villajoyosa, debiendo actuar con rapidez contra ellos, obviamente, pues incluso tenía noticias de que un grupo de ellos estaba derribando el parapeto de la torre de las Caletas, estando otras muchas

⁴⁰ Por encima del nivel del mar y, por lo tanto, con ventaja sobre los que arribasen por esta vía.

atalayas de su jurisdicción casi inservibles. Por ello, había pedido al marqués de Santa Cruz, que estaba en las costas catalanas con sus galeras, que fuese hacia el Sur para limpiar aquellas aguas. De hecho, hubo noticias aquellos días de ataques en Benidorm, la huerta de Alicante, Castellón de la Plana y Peñíscola tanto contra naves hispanas como francesas.

Siete galeras argelinas protagonizaron a mediados de septiembre de aquel aciago año de 1620 uno de los encuentros más duros en años en tierras de Ibiza. Tras pasar a la altura de la isla Conejera, poco después desembarcaron en la punta de Es Vedrà de los Ribes donde se hallaban tres casas, de las cuales quemaron una; el gobernador ordenó que la gente de toda aquella zona se refugiase en la Real Fuerza y poner ésta en disposición de defenderse; las galeras argelinas, entretanto, volvieron hacia la isla Conejera. Allí permanecieron los días 17 y 18 de septiembre cuando navegaron hacia la zona de las Salinas y avistaron dos naves flamencas que iban hacia el puerto, atacándolas y tomándolas, escapando los tripulantes; luego pusieron rumbo a la isla de Tagomago. El día 19 desembarcaron en el cuartón de Santa Eulària, de modo que el gobernador, con la intención de guardar los molinos de la zona, fue en persona con alguna caballería y trescientos hombres a guardar la iglesia de Santa Eulària; poco después los argelinos volvieron a embarcar sus hombres, de modo que éste se retiró a la Real Fuerza no sin dejar centinelas y medios de guerra para la defensa del *puig* de Santa Eulària. Pero el día 21 por la mañana, a pesar de la orden dada a los naturales que guardaban la iglesia de no salir de ella bajo ningún concepto, animados por su número (trescientos) decidieron atacar a los argelinos que se hallaban en la zona, sin poderlos frenar el cabo que estaba con ellos. En el lance, hecho con desorden y sin pericia militar, pero obra de gente “indómita”, murieron tres paisanos y cautivaron unos diez o doce (cuatro muertos y veinticinco cautivos, según otra fuente), mientras que argelinos murieron cuatro. Al tener nuevo aviso de aquel lance, el gobernador salió de la Real Fuerza, puso en orden a los desmandados de la pequeña batalla y dejó en la iglesia de Santa Eulària una pieza pequeña de artillería, siete mosqueteros, quince arcabuceros con municiones y bastimentos suficientes, y retiró a la demás gente a las plazas de armas de cada cuartón con orden de estar vigilantes para entrar en acción. El día 22 llegaron tres avisos simultáneos de que los argelinos desembarcaron mil hombres con siete banderas para atacar los molinos de Santa Eulària. Cuando estaba preparándose para acudir en ayuda de los de Santa Eulària llegó un postrer aviso señalando que los argelinos se retiraban dejando tres muertos y varios heridos ante el fuego (seis disparos) que se les hacía desde la torre de la iglesia. Las dos noches siguientes por las señales enviadas por los guardas de Formentera supieron que, además de las galeras argelinas, había una veintena de navíos que tomaron el rumbo de la costa hispana. Si bien el virrey de Mallorca envió aquellos días cuarenta quintales de pólvora refinada, se necesitaban muchos más para repartir a las milicias y para la guarnición, la cual estaba “desnuda, muerta de hambre y muy endeudados sin hallar quien les fie nada...”, siendo la fortaleza muy grande y fuerte, pero con muchos

puestos que guardar, información que conocían en Argel por los esclavos huidos de allá y por los renegados, decía con resignación el gobernador. Urgían, pues, las ayudas.⁴¹

En los días siguientes la presión argelina se centró en Mallorca, desde donde su virrey envió avisos a Ibiza señalando la noticia de cómo se aprestaban diez navíos y ocho galeras en Argel con la pretensión de embarcar cuatro o cinco mil hombres para ir hacia Mallorca; efectivamente la armada argelina se vio en aquellas aguas a mediados de septiembre, poniendo rumbo hacia la costa hispana posteriormente, pero el día 29 se oyeron cerca de Ibiza descargas de artillería que resultaron ser los disparos efectuados por una nave flamenca que se defendía de siete galeras argelinas a la altura de Formentera, las cuales no osaron acercarse a la Real Fuerza donde sí se amparó la nave flamenca. Las naves argelinas permanecieron dos días en Formentera y, por los avisos de los guardas que tenía el gobernador en toda la isla, “hallo que está este mar cuajado de navíos de alto bordo...”. Es más, acababan de llegar al escribir la carta veinticinco franceses, que hubieron de abandonar su nave para no caer en manos de los corsarios, en una barca a la costa de Poniente de la isla. El gobernador de Ibiza le reclamó al virrey de Valencia, además de medios de guerra, el envío urgente de bastimentos suficientes para poderse mantener durante dos o tres meses. Éste, que puso todo el reino de Valencia en alerta, se comprometió a estar vigilante.⁴²

Y a partir de 1621 la actividad bélica de los holandeses en el Mediterráneo podría incrementarse como de hecho ocurrió. En junio de dicho año el Consejo de Aragón se hacía eco del aviso que tuvo Felipe IV de que los holandeses deseaban enviar una armada de treinta navíos a apoderarse de la isla de Ibiza, pues sabiendo que ésta tenía artillería, pero estaba casi toda descabalgada, y en la isla apenas si había municiones, podían construir algunas defensas y hacerse fuertes con la ayuda de los corsarios argelinos; por otro lado, no se podía descartar que tuviesen alguna inteligencia en la isla, de modo que se le pedía al gobernador que estuviese con la máxima alerta, reconociendo todos los bajeles que llegasen y embargando los de los holandeses.⁴³

Conclusiones

Sin duda, la mayor calidad y armamento de las defensas ibicencas con relación a las de Menorca e, incluso, Mallorca, fue un factor que influyó a la hora de repartir los escasos medios de guerra del momento entre las Baleares y las Pitiusas. Pero

⁴¹ ACA, CA, leg. 1.040, gobernador de Ibiza al rey, 26-IX-1620. Sobre la denominada batalla de Peralta: Isidoro MACABICH, *Historia de Ibiza*, vol. III, Palma de Mallorca, 1967, pp. 128-132.

⁴² ACA, CA, leg. 1.040, gobernador de Ibiza al rey, 1-X-1620; virrey de Valencia al rey, 2-X-1620.

⁴³ ACA, CA, leg. 1.040, consulta del C.A., 7-VI-1621.

que la Real Fuerza de Ibiza fuese una fortificación imponente no quitaba que las acciones de los enemigos de la Monarquía en el Mediterráneo, tanto los cercanos -el corso norteafricano o los franceses- como los lejanos-ingleses y holandeses-, dejaran de inquietar las aguas ibicencas. De hecho, al menos al nivel de la documentación así lo vemos, en los años iniciales del siglo XVII la presión del corso norteafricano fue muy fuerte, justo en la década de la expulsión de los moriscos. Poco más tarde, la finalización de la Tregua de los Doce Años en 1621 acarrió inmediatamente los temores a una acción de la armada holandesa que nunca se llevó a término. Y a partir de la década de 1630 será la amenaza francesa la que adquirirá un mayor protagonismo, si bien el peligro corsario turco-berberisco jamás desapareció. Por otro lado, la gran dificultad para los ibicencos de contar con una cantidad aceptable de barcos propios que asegurasen la defensa de sus aguas sin tener que depender de las galeras reales fue su gran handicap. Eso y la imposibilidad por parte de la Monarquía de asegurar que la guarnición de Ibiza estuviese formada por el número de hombres necesarios, entre doscientos cincuenta y trescientos, bien pagados y suficientemente armados. Como, por otro lado, los hombres del rey en la isla no siempre se llevaron bien con los notables ibicencos, y aquí el negocio de la sal, principal exportación de la isla y mayor fuente de beneficios disponible, tenía mucho que decir, siempre el peligro de una desgracia planeó sobre el presidio ibicenco. Que no cayera en manos del enemigo parece un milagro. Y éstos a veces ocurren. O eso dicen.